

# GOYA EN LA POESIA

DE VARIOS AUTORES. COMISION ORGANIZADORA  
DEL HOMENAJE A GOYA. ZARAGOZA, 1978

La España desgarrada y asombrada que vivió un tiempo desgarbado y quimérico tuvo un testigo de excepción: Francisco de Goya y Lucientes. Por su pincel pasó todo el terror de un pueblo asolado por la invasión y la mentira, todo el drama de una histeria colectiva y desgraciada.

Al cumplirse los ciento cincuenta años de la muerte del hombre que supo retratar, con todo el dolor y toda la hermosura de la tragedia, aquellas jornadas doloridas, se reunió en Zaragoza un grupo de españoles y decidieron rendir el homenaje de amor y gratitud de todo un pueblo hacia el ser genial, místico de incalculadas bellezas y testigo de una guerra insospechada y cruel.

Ciertamente, no han sido demasiados los homenajes que se le han rendido a Goya con motivo de tal aniversario, pero en un delicado libro queda una colección de poemas que hablan del valor de un pueblo y del arte de un pintor inigualado.

Como pórtico a los versos se nos indica que: «Estos poemas conmemorativos del CL aniversario de la muerte del genial pintor de Fuentodos han sido editados por la Comisión organizadora del homenaje a Goya y patrocinados por la Caja de Ahorros de la Inmaculada.»

Una bella estampa española aparece en la portada del libro, enmarcada en oro, y tras otra muestra goyesca aparecen los versos de los diferentes autores que han contribuido al homenaje escrito, siendo el primero de los poemas el de Benedicto L. de Blancas, dedicado sencillamente «A Goya»:

*Como un alto fanal de fuego y viento  
tu nombre entre los nombres se enarbola  
y es una rabia y una fe española  
que asume su bravura y su tormento.*

*Pincel sublime, aragonés violento,  
tu látigo fustiga y aureola  
cuanto vibra y vislumbra y cuanto asola  
el cuerpo de la Patria macilento.*

*Pintas las majas, que a la luz relatan  
la hermosa esplendidez de 'unas' mujeres;*

*en negras tintas de grotescos trazos  
el reino de los vicios mercaderes,*

*y pintas los horrores de la guerra  
donde unos mueren, mientras otros matan...*

*Pintas a aire genial y a garrotazos.*

Antonio Castro y Castro habla de Goya como «manantial de la luz y de las sombras», mientras que para Mariano Esquillor Gómez la pintura del aragonés es «Armonía precisa, / infinito, / belleza, / principio, / fin, todo eterno», y José Antonio García Pérez, en su «Aquella-re», medita que «un orgasmo de furia turba el Universo», y en «Pincelada» nos habla de «Agonía de sed y rebeldía indestructible, firme y fecundante».

Del libro *Luz sonreída. Goya, amarga luz*, el poeta Ildefonso Manuel Gil ofrece los versos de «Palabras entreoídas en el autorretrato de Goya» («Abierta la camisa, pecho al aire / de la vida total en duelo y fiesta, / un desmedido afán de soledades / y un descreído amor por cuanto alienta»), y en «Goya: tallo sediento de Aragón», Luciano Gracia musita: «Tu aliento entre nosotros / hace viva la imagen de tu imagen que brilla, / cegadoramente, en los ojos inmarchitables / de la piedra.»

«El sordo de Fuentetodos» es el poema de Guillermo Gúdel, y en él se dice: «Retrató cuanto vio porque no oía. / Solamente miraba, comprendía / que el mundo era más sordo que su oído», mientras que Angel Guinda nos recuerda que «La luz es una ráfaga de ojos», en «Goya, gesto de insurrección», y Gustavo Adolfo, dedicando «Dos sonetos a Francisco de Goya y Lucientes», dice:

*Aragonés, pintor, sordo y genial;  
terco, rudo, feroz, independiente,  
talla fue su pintura que, esplendente,  
con pinceles prendió llama inmortal.*

En «Cabo de año», Jesús de la Hoya reflexiona «A solas con la luz / ya sólo al sol oías», y Miguel Luesma Castán, en «Goya: Los fusilamientos del 3 de mayo de 1808 (figura central)», exclama:

*Qué bravura, qué espanto. Parecía  
fósil león de trágica melena.  
Faro radial, su desnudez serena  
sobre la hoguera de la Patria ardía.*

El «Boceto para un retrato», de José Molina Oltra, nos habla de «Cómo eludir el tópico del bronco / carácter de un espíritu indomable, / y el sordo genial y más notable / rama de aragonés humilde tronco», así como Fermín Otín Traid, en su primer poema titulado «Aguaa-

fuerte. El sueño de la razón produce monstruos», advierte que «la lúgubre noche / tiene un tinte morboso de siniestro aguafuerte», y en «Dormida la razón» comenta: «En tu maja desnuda fue apresada / la gracia superada.» La modesta contribución del autor de estas líneas tiene lugar con el poema titulado «Y fue Goya»: «Cuántos trozos de España / tirados por los suelos, / y cuánta sinrazón (antes grandeza)...»

José Antonio Rey del Corral ofrece su «Homenaje a Goya» del libro *Tiempo contratiempo*: «Aquí desesperanza es lo que sobra. / Aquí se desespera hasta el allegro», y se cierra el volumen con el soneto de Alfonso Zapater titulado «Goya del silencio», que reproducimos íntegro:

*Explosión del silencio en los colores,  
divino sordo Goya. Canto al viento  
de tu tierra y mi tierra en movimiento,  
con el brío nacido en los amores*

*de la hondura elocuente. Resplandores  
de la oscura tiniebla. Yo te siento  
pasajero de luz en el tormento  
del dolor que agoniza entre dolores.*

*Caminante del sueño luminoso  
en el grito sin voz de la conciencia.  
Tú lo sabes, Francisco, en el reposo  
de la azul tempestad, en su cadencia,  
con el rayo rasgando, poderoso,  
tu silencio preñado de elocuencia.*

M. Q. C.

## EL FOLKLORE CHILENO

ORESTE PLATH: *Folklore chileno*. Ed. Nascimento. Santiago. Chile, 1979.

— *Lenguaje de los pájaros chilenos. Avifauna folklórica*. Ed. Nascimento. Santiago. Chile, 1976.

— *Geografía del mito y la leyenda chilenos*. Ed. Nascimento. Santiago. Chile, 1973.

El apogeo del costumbrismo romántico, por una parte, y por otra el gusto por los estudios del natural, propio del realismo de la segunda mitad del siglo XIX, contribuyeron al auge de los estudios folklóricos.

En España el iniciador de estos estudios fue Antonio Machado Alvarez, el creador de esa serie de once volúmenes, hoy agotada, y digna de una reedición, que lleva el título de *Biblioteca de tradiciones populares*.

En toda Europa grandes maestros e investigadores se dedicaron a la recopilación folklórica. En algunos países los estudios de folklore y etnografía han tenido continuidad más o menos intensa (culminación en Bolte-Polívka y Stith Thomson), a excepción de España, donde únicamente destaca la figura de Julio Caro Baroja «y su labor ingente y solitaria»<sup>1</sup>. No hay cátedras de folklore, no hay apenas apoyo a esta investigación, no obstante existir en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas una sección dedicada al estudio de las tradiciones populares.

Sin embargo, el actual interés por los estudios de sociología vuelve a llevarnos hacia el estudio de las manifestaciones folklóricas, en tanto éstas son demostración y prueba de una sociedad específica. Al mismo tiempo, el interés hacia las formas populares de literatura en su manera oral, y la valoración de esta clase de literatura<sup>2</sup>, nos vuelve a atraer hacia el folklore, no obstante la negativa de algunos críticos y profesores de negar la calidad literaria a lo folklórico, precisamente por ser oral, argumento que se puede refutar con facilidad, ya que mucho de lo que hoy se considera literatura antes fue oral: romances, coplas, cancioneros, cuentos. Pero ahora no se trata de demostrar que el folklore es literatura.

Si es grande el abandono de los estudios folklóricos en España, no es así en tierras americanas donde existen asociaciones, cátedras y numerosas figuras de prestigio internacional recopilan y estudian la riqueza folklórica de su país.

En Chile hay que destacar la obra de Oreste Plath (1907), durante varios años director del Museo de Arte Popular e incansable recopilador de la variedad folklórica de tan vasta geografía. Digno sucesor de Julio Vicuña Fuentes, de Ramón Laval y de Yolando Pino Saavedra, desde hace más de cincuenta años, Oreste Plath trabaja con tenacidad en la búsqueda del tesoro folklórico.

El libro de *Folklore chileno*, en su quinta edición, es un monumento de investigación, de gracia, de sorpresa y de riqueza idiomática. En su gran curiosidad y capacidad de observación, empieza O. Plath por presentarnos los personajes populares chilenos, como el *roto*, el *huaso* (hombre campesino a caballo), el *motero*, vendedor de mote (trigo y maíz cocido), los músicos callejeros, tal como nosotros los hemos visto

<sup>1</sup> JULIO CARO BAROJA: *La estación del amor*, Ed. Taurus, Madrid, 1979.

<sup>2</sup> ITALO CALVINO: *Fiabe italiane*, Einaudi, Torino, 1956. Trad. *Cuentos populares italianos*, Ed. Librerías Fausto, Buenos Aires, 1977.

SERAFINO AMABILE GUASTELLA: *Le parità e le historie morali dei nostri villani*. Introduzione di Italo Calvino, Rizzoli, Milano, 1979.

en los *chineros* del Muelle Prat de Valparaíso; el *baqueano*, etc... Su mirada se fija luego en el folklore urbano y en los letreros en los servicios de ómnibus y en las casas comerciales. No ha poco nos llamaban la atención en Santiago los nombres gigantescos de Inaudito, Insólito, dados a dos grandes comercios del centro de la capital.

A continuación, O. Plath se detiene en las tradiciones, como son los entierros, cuevas de aquelarre y casas misteriosas de esas que todos conocemos alguna, y que han servido de inspiración a tantos cuentos fantásticos; recuérdese el de *La casa vacía*, de E. T. A. Hoffmann.

Las faenas camperas son descritas en sus fiestas criollas, rodeos, domaduras, caza del cóndor y caza de la vicuña, la vendimia y el pisar la uva, al compás y ritmo de esta curiosa canción, en diálogo entre el jefe y los pisadores:

—*Caballero don Perote.*  
—*¡Andajayalá!*  
—*Pise usted más fuerte.*  
—*¡Andajayalá!*  
—*Hijo de mujer mañosa.*  
—*¡Andajayalá!*

Y la faena del pajarear o cazar pájaros, con sus diferentes gritos:

*¡Guaaaa... pájaroooo!*  
*nico, nico,*  
*no le comay*  
*el trigo al rico.*

\*

*¡Ab!, pico, pico, largo,*  
*no le comay el trigo*  
*a don Abelardo.*

En el capítulo de los juegos, O. Plath se extiende acerca de los juegos de la época colonial, como la rayuela, el tejo, el volantín, la pelota, el trompo, el boliche, la cucuña, la tabla, las riñas de gallos, el gallo descabezado y las carreras en pelo. Aquí es donde la riqueza idiomática se manifiesta de modo más evidente. Plath recoge los distintos nombres que se dan en América al juego de la rayuela, por poner un ejemplo. En Argentina se llama rayuela, tejo, luce, gambeta, aeroplano, caraco; en Bolivia, tuncuña; en Brasil, academia, aviao, amarelinha, caracol; en Colombia, rayuela, solosa, carozza; en Cuba, arroz con pallo, tejo, caracol, miquiriquí, quían pisao; en Ecuador, rayuela, ficha; en El Salvador, peregrina; en México, tejo, pijeje; en Panamá, corcojita, rayuela;

en Santo Domingo, trucamelo; en Uruguay, rayuela, teja; en Venezuela, rayuela, la gruya.

A lo largo de todo el libro O. Plath se interesa por los chilenismos y asimismo hace un catálogo de palabras de origen quechua, aymará y araucano.

El folklore infantil está estudiado con especial atención, tanto las burlas y dicharachos como los cuenta, trabalenguas, desafíos, pegas, cuentos de pega, cuentos de nunca acabar, inscripciones que los niños ponen en los libros, *matutines* y *chacharachas*, que son los versos que preceden a la narración de los cuentos chilenos, muy característicos de este país, y los sobrenombres o apodos. El comentario de esta parte del libro merecería ser más extenso.

El folklore religioso, con sus fiestas de Semana Santa, la Cruz de Mayo, San Antonio, la noche de San Juan y la procesión de San Pedro, es capítulo curiosísimo, así como el dedicado al folklore musical, con la mención de los instrumentos indígenas, y el estudio de las danzas populares pascuenses, araucanas y de Chiloé. A esto se añade una coda final de cantares de Navidades, villancicos y *arrupatas* que son nanas y canciones de cuna.

Resultado de sus continuos viajes para estudiar el arte popular, el habla, la comida y el folklore en general es el libro del *Lenguaje de los pájaros chilenos*, al que el autor califica de «avifauna folklórica». Oreste Plath traza numerosas semblanzas de pájaros y traslada sus cantos y trinos, como en el caso del *chincol*, cuyo canto es:

*i-tio-chiu-chiu-trri.*

Y el pueblo lo interpreta como:

*¿Han visto a mi tío Agustín?*

mientras los niños cantan:

*Chincol, Chincol,  
zapato de charol;  
pícale Chincol,  
zapato de charol...*

Desde Aconcagua hasta las islas Guaitecas se extiende el *pitibue*, pajarito pequeño que vive en los bosques. *Pitibue* se le dice al niño pequeño y encanijado, y el adjetivo *apitihuado* es sentirse con el corazón oprimido y abatido.

Si Leopoldo Lugones en Argentina cantó en bellas semblanzas poéticas a los pájaros argentinos, O. Plath los describe y señala sus cantos